

# Cuento

*Primer lugar (Concurso XIX, 1986)*

LA SEXUALIDAD  
DE LAS HORMIGAS COSMOGÓNICAS

Héctor Toledano\*

**H**oy asistí finalmente a mi primer taller literario.

Desde que escribí en la primaria cierta composición sobre la vaca quedé fascinado por la magia de llenar páginas de papel con palabras. Más tarde la vida me fue enfrentando a multitud de lecturas, a la fantasía del deseo y a la esclavitud de la personalidad. Es decir, me encantaría ser escritor.

Y para ser escritor hay que asistir a talleres, eso todo el mundo lo sabe.

En el domicilio que me dieron encontré el severo conjunto de un convento colonial. Obstruían la puerta las siluetas a contraluz de una pareja moderna y desaliñada. Les pregunté si acaso sabrían dónde se juntaba el taller.

—Al fondo —señaló ella con el dedo y siguieron discutiendo sobre la supremacía intelectual de sus respectivos cuates. Al fondo de un pasillo larguísimo se miraba una luz.

Ninguno de los presentes parecía haberse ba-

\* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

ñado en años. Era claro que todos vivían en cuartos de azotea, preferían a Mozart y concebían el peso de sus existencias en términos de toneladas. El Efectivo o Coordinador del taller era un anciano mental de 35 años. Cubierto hasta las sandalias por una enorme túnica blanca y rodeado de un aura luminosa de morfina era la viva imagen de la Inmaculada Concepción.

Un Gran Poeta, y todos se dirigían a él con respeto y lo admiraban mucho y le llamaban maestro.

De lo que se trataba era de fumar como dementes alrededor de una mesa mientras una de las poetizas-en-ciernes balbuceaba nerviosamente su poema. Todos habíamos recibido copias fotostáticas del texto y nuestro papel era verificar que no se equivocara ni se fuera a saltar ningún verso. Eso nos mantenía entretenidos.

Era un poema muy largo y muy triste y seguramente había surgido de un doloroso desgarramiento personal. El término de su declamación marcó el inicio de un silencio muy reflexivo, lleno de sobadas de piocha, encendida de cigarros y miradas al techo. Por fin alguien se atrevió a decir que el título del poema resultaba tímido, citó a Rilke y a André Breton. Todos asentimos respetuosamente. A continuación un tipo de lentes aventuró ciertas críticas respecto al ritmo interno de la versificación. Envalentonado por nuestro silencio demostró con argumentos irrefutables que la sexualidad de las hormigas cosmogónicas, eje simbólico del poema, caía en el lugar común. Poetiza trató de esbozar una defensa, se acobardó, se hizo rosca nuevamente dentro de su silla y si-

guió cociéndose los pulmones a Delicados sin filtro.

No sin tristeza fui consciente de que lo único que esa mujer sacaría jamás del arte era una tuberculosis a su tamaño.

Más silencio, hasta que una sudamericana teñida de rubio proclamó la existencia de elementos definitivamente —así lo dijo— frígidos y lesbiánicos a todo lo largo de las primeras estrofas. Dirigió a la autora una sonrisa picarona y con ostentosos ademanes feministas la felicitó por su valentía. Nuestra heroína sólo atinó a pasarse la mano por el cabello y a sumergir una colilla más en ese saturado mar de cenicero.

Aparecieron renovados cigarros en manos de todos y los comentarios se fueron haciendo más frecuentes, más precisos y lacerantes. Presa de un fastidio infinito, Gran Poeta dejó escapar un bostezo. Esto contribuyó a relajar el ánimo general y en medio de sonoras carcajadas la concurrencia se empleó a fondo en hacer pedazos lo que quedaba del poema, en buena onda y todo.

Qué a toda madre mi primer taller, no mames, pensé.

Media hora después sólo quedaban con vida unos cuantos adjetivos. Jadeantes y satisfechos, los inquisidores encendieron más cigarros y con aire de perdonavidas alentaron a ustedes-ya-saben-quién a que no cesara en su búsqueda de un genuino lenguaje poético etc., etc. Me pareció que les preocupaba la posibilidad de que aquella pobre mujer renunciara a la literatura y se vieran privados del placer de hacerle mierda su trabajo.

Abatida, Poetiza agradeció el interés y prometió enmendarse. Alzó la

vista y se esforzó por poner en marcha una sonrisa que resultó más triste que cualquier llanto. Con dedos agobiados por la nicotina recogió de la mesa tres o cuatro versos malheridos y los guardó en una cajita de cerillos.

Acabó el taller: nos vemos la semana que entra. Sí, cómo no.

Salí a la noche y mientras caminaba por la banqueta comprendí cuál era la verdadera naturaleza del tabaquismo. Arrojé mis cigarros a la calle y vi como los aplastaba la rueda enorme de un enorme camión. Me sentía intranquilo, y en lo único que podía pensar era en la sexualidad de las hormigas cosmogónicas.

### Caricatura

Erick Murillo Rodriguez

